

latrías de la burguesía grecisada, tuvo el valor nobilísimo de proclamar la pureza de la moral de los profetas, de condenar sin embozo los vicios de los poderosos y la unión incestuosa de Herodes y de anunciar la venida próxima del Ungido, del *Mesías*, del Cristo que debía regenerar á su pueblo predicando á la vez la penitencia como preparación para esperar esa próxima regeneración nacional. Incontables fueron los discípulos de este profeta, y su popularidad y su ascendiente fueron tales que muchos le consideraron como el Cristo (*ungido* esperado, (1) Luc. I 54). Y Herodes creía que Jesucristo era Juan resucitado (Maht. 14, 2); y si después de la muerte de Juan se creyó que podía ser el Mesías, esta creencia familiarizó á los creyentes y devotos con la idea de que ese Mesías esperado podía muy bien *sufrir* en lugar de reinar, salvo que resuscitaría en el tiempo prefijado pa-

(1) La figura social y moral de Juan Juan Bautista fué tan grandiosa, que dejó hondísima impresión en el mismo Jesucristo, como lo revelan varios pasajes de los Evangelios y muy particularmente aquel en que dice que Juan es entre los hijos de los hombres el mayor de los nacidos de mujer. (Mat. IX, 11); y Tertuliano dice (Contra Marion IV, 33) "sabemos que Juan ha sido destinado á ser el límite entre el pasado y el porvenir, de manera que en él acaba el judaísmo y comienza el cristianismo." La costumbre de la Iglesia revela cuán importante fué la personalidad de S. Juan, puesto que es el único Santo de quien ella celebra á la vez el nacimiento y la muerte. Además, el bautismo ha sido creación de San Juan, pues imponía á todos sus discípulos el deber de *lavarse* en las aguas del Jordán (*lavar* equivale en griego á *bautizar*) como símbolo de purificación espiritual. En los primeros días del cristianismo el bautismo significaba el hecho de afiliarse á la secta cristiana y se daba en *nombre de Jesús*. (Act. II, 38. X, 48.) El bautismo era una ceremonia de casi todas las religiones del Oriente. Véase adelante la nota en que hablamos de las imitaciones del catolicismo de cultos paganos.

ra hacer reinar la justicia; y desde que esta creencia fué admitida, se aplicó la Mesías el capítulo de Isaías sobre la *pasión* de Israel.

310 Todo estaba, pues, preparado en la conciencia de Judea para una de esas revoluciones religiosas y morales que siempre encuentran y encontrarán espíritus libres y almas sensibles dispuestos á comprenderlas y á constituirse apóstoles de ellas. La predicación profética, los sufrimientos de tantas tiranías, la corrupción de los pueblos dominadores, la grosería del culto de esos pueblos, la conformidad del monoteísmo filosófico de la época con el monoteísmo *pasional* y quizá nacional del pueblo judío, la opresión de este pueblo por los romanos, las prevaricaciones de los sacerdotes y aristócratas judíos, todos estos elementos avivaban la fe de los devotos y creyentes.

311 Y en tales circunstancias apareció en Galilea Jesucristo.

312 La historia profana no ha podido formarse una idea exacta de Jesús; las narraciones evangélicas redactadas muchos años después (1) están escritas bajo la impresión de la catástrofe de Jerusalén, y si se exceptúa el evangelio de San Marcos, el más antiguo seguramente, los demás, y sobre todo el de San Juan, transparentan el propósito de los narradores de explicar los hechos con determinado propósito teológico. En San Marcos hay más ingenuidad y menos leyendas; no se habla en él ni de la virginidad de María, ni de la intervención del Espíritu Santo, ni de los magos y la estrella que los condujo, ni de la huida de Egipto, ni del nacimiento casi extraordina-

(1) Véase nuestra nota sobre la Biblia en el párrafo 19.

rio de San Juan el Bautista, ni de la anunciación, ni de la visita de Isabel, ni del establo de Belén, ni de los pastores llamados por los ángeles, ni de los cánticos de Ana y de Simeón, ni en fin de Jesús en el templo enseñado á los doce años. En los demás evangelios las tradiciones sobre la vida de Jesús son recogidas con toda la riqueza legendaria de un siglo; y en el evangelio de San Juan hay más que narración, hay espíritu sistemático, hay teología preconcebida, hay discursos metafísicos, se siente allí que el escritor está escribiendo con la filosofía alejandrina.

311 De todos modos, Jesucristo aparece ante la historia profana como un gran revolucionario moral y religioso, como un Sér inspirado que debe su doctrina y su pasión por ella, no al estudio de las escuelas, ni á sistemas filosóficos, ni á meditaciones abstractas, sino á espontáneo arranque de su naturaleza. «Jesús ha sido poderoso por el corazón, por la pasión y por la bondad. Ha amado á su patria y á su religión hasta el punto de no poder soportar que se les humillase, y esto es lo que le ha hecho creer con una fe enérgica y contagiosa en un mañana reparador; esto es lo que le ha hecho predicar la buena nueva (evangelio) de la resurrección de su pueblo. Abría á los suyos el reino de Dios, abandonando á los extraños á los calabosos tenebrosos (IV, 11) y al fuego que arde siempre. Resume la ley toda entera en solo dos preceptos, *amar á Dios y amar á sus hermanos*, y entre estos, amaba especialmente á los que sufren muchos, á los pequeños y á los pobres. Afirmaba que en el reino de Dios los últimos serán los primeros (X, 43); glorificaba á la viuda pobre que al dar sus dos pequeñas monedas de cobre, ha dado más que todos

los otros (XII, 43). Quiere que los ricos se despojen de sus bienes á favor de los pobres y si no lo hacen quedarán excluidos del reino de Dios (X, 26). Es tierno particularmente con los sencillos, con aquellos que se parecen á los niños (IX, 41 X, 14), y aun con los pecadores, con los profanos, con aquellos que escandalizan á los devotos (17); no permite la oración, sino previo el perdón de las ofensas, pues es preciso perdonar para ser perdonado (XI, 25); protege á la mujer contra la dureza del repudio establecido por espíritus groseros; (X, 5). En fin, y este es el rasgo dominante de su fisonomía, se ocupa preferentemente de los enfermos y para ellos es para quienes existe; él vé en la enfermedad la acción de Satanás, del gran enemigo de *su Dios* y de su pueblo y la victoria sobre la enfermedad es la victoria sobre Satanás, es el signo de que Dios está allí presto á curar y también á salvar á su pueblo, al que le serán perdonados los pecados (II, 5). El consuelo que dá á los enfermos es la garantía de las promesas de Dios y de la *buena nueva*; toda su fe, todas sus esperanzas encontrarán allí su justificación, al mismo tiempo que su caridad goza de sus efectos benéficos. Así, el evangelio define su misión por estas dos cosas: *iba predicando en las Sinagogas y arrojando á los demonios*. (I, 39); y el libro de *Las Actas* dice poco más ó menos lo mismo: *ha pasado haciendo el bien y curando á todos los que estaban bajo el poder del diablo.*»

312 Tal aparece la personalidad de Jesucristo, (1);

(1) Jesucristo, dice un crítico, no es un filósofo, ni un sábio, ni un político, ni un capitán, ni un poeta. No ha podido dar á la humanidad ninguno de los grandes servicios que le dan estas grandes potencias del espíritu. Tiene las idas inexactas de su época y nación; espera el fin próximo de todo lo que existe y la restaura-

y en torno suyo debieron agruparse, como siempre se agrupan al rededor de todo genio extraordinario, los pocos espíritus que hay abiertos á las ideas nuevas, los descontentos de la marcha de este mundo y de sus injusticias, los pobres y desgraciados cuyas miserias consolaba y dignificaba el autor del *sermón de la Montaña* (1). La historia profana ignora si Jesús fué sacrificado como blasfemo por un tribunal judío ó como revoltoso por el Pretor romano; pero de todos modos su martirio produjo el efecto natural de todo martirio, la apoteosis del mártir y la formación de un partido religioso que tomó como bandera la doctrina, la *buena nueva* (evangelio) predicada por el mártir, esto es, la penitencia, el fin próximo del mundo, la renuncia de las riquezas, el amor los pobres y la esperanza en la restauración del reino judío bajo el gobierno del hijo del hombre. A esto se redujo la nueva doctrina, habiendo en ella una insignificantísima parte dogmática y un *ideal mo-*

ción de Israel y de sus doce tribus; cree en los demonios y que ellos estan en los cuerpos de los enfermos; hay vulgaridad en el episodio de los 2,000 cerdos; quizá la predicación de San Pablo estuvo fuera del programa de Jesús; era un inspirado que á los ojos de su familia pasaba por loco, como claramente aparece del cap. III vers. 21 de San Marcos "Y cuando lo oyeran los suyos salieron para echarle mano, porque decian: *se ha vuelto loco*... Los suyos son su familia, pues el siguiente verso 31 dice, y *llegaron su madre y sus hermanos y quedándose de la parte de afuera, le enviaron á llamar*.

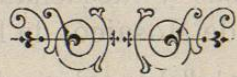
(1) Este sermón y todos las predicaciones de Jesús en favor de los pobres estaban en las corrientes espirituales de aquella época y de aquel pueblo, pues esa corriente había producido á los ezeños que hacían voto de pobreza y de castidad, y la caridad era tradicional en la religión judía. Véase sobre esto á Renán *Les Apostres* pág. 129.

*ral* inmenso, elevado y perdurable. Y no fué ciertamente la parte dogmática, la parte judaica, el espíritu de localidad y de creencias tradicionales que figuran en esa doctrina la que dió á ésta su victoria; sino la parte *ideal*, la que seducía á las desgraciados, á los descontentos y á los espíritus novadores. Si el cristianismo hubiera comenzado predicando dogmas abstractos y doctrinas metafísicas, no hubiera pasado de ser una secta judía; pero el evangelio, la palabra de Jesús no tiene metafísica, ni dogmas, ni sistemas filosóficos; tiene fe viva en una regeneración moral y amor ardiente hácia los desgraciados; y esto es lo que hizo el éxito de esa predicación. Ella, sin embargo, no habría salido del estrecho recinto de Judea y de las formas tradicionales del judaísmo, (1) si un genio extraordinario, el de San Pablo, no se hubiera apoderado por inspiración propia de solo la parte ideal de la predicación de Jesús y desdeñado todo lo que tenía de tradicional, de Mosaico, de local. (2)

(1) En Jerusalem se hallaban todavía al cabo de 15 años tres jefes de la primera comunidad cristiana, Pedro, Juan hijo del Zebedeo y Santiago hermano de Jesucristo; pero no pretendían ser una comunidad religiosa separada del resto de los judíos. Observaban en general los sagrados usos de Israel, y solo rechazaban el concepto casuista de los fariseos y esperaban la próxima venida del Señor para efectuar el juicio y establecer el reino de Dios. Sin embargo, á consecuencia del martirio del Maestro, el hecho de pertenecer á la comunidad cristiana iba unido á la renuncia de la autoridad eclesiástica dominante, y aunque fuera de la adoración en común no existían otros actos de culto, pronto adquirieron valor de tales el bautizo y la cena en común; y esta actitud fué la que provocó las primeras persecuciones del Sanhedrin contra Estéban, lo que obligó á la comunidad á dispersarse en Samaria, Fenicia, Siria y Chipre, sin que por esto esas comunidades dejarán de considerarse como judías.

(2) En un sentido no puede llamarse á San Pablo autor del

cristianismo, ni siquiera el primer apóstol de los gentiles, pues los judíos de Chipre y de Cirene que creían en Jesús, fueron los primeros que predicaron á los incircuncisos, á los helenos (Act. cap. XI, 20) y al tener noticia de esto los apóstoles que estaban en Jerusalen mandaron á Bernabé, quien procuró unirse á San Pablo, y fué debido á su predicación que en Antioquia recibieron por primera vez de sus adversarios los nuevos creyentes el nombre de cristianos. Así, el Cristianismo, como dice Havet, no tiene autor, como no lo tiene la revolución francesa; estos grandes movimientos se hacen por si solos y por el primero que llega.



## XXI

### EL CRISTIANISMO

HASTA SU

#### Degeneración en Catolicismo.

313 La época en que Jesucristo apareció era una época de crisis política, religiosa y filosófica. (1) La

[3] Epoca de incredulidad y superstición tambien. Véase Renan *Les Apotres* pág. 371. Tan irresistible es la tendencia del espíritu humano á creer en milagros, que en esa época de incredulidad pasó algo idéntico á lo que sucedió en política á la muerte de César, siendo ámbos hechos efecto de idéntica causa: la tendencia de los hombres á la idolatría. Así como los partidarios de Bruto, el asesino de César, exclamaban "muera el César, viva Bruto, hagámosle César," así á la muerte de Epicuro, el filósofo ateo que negó la existencia de los dioses, los partidarios de esa filosofía atea que niega los Dioses decían á la muerte del maestro: *Hagámosle Dios*.

Jamás (dice Gasquet. *Rev. de Deux Mondes*. 1º de Abril 199) el mundo ha visto semejante desbordamiento de supersticiones (como en el primer siglo del Cristianismo), semejante orgía de sobrenatural; nunca tantos adivinos, astrologos, charlatanes, vendedores de amuletos y de recetas piadosas; extravagantes quimeras bullen en los cerebros mas robustos y mas lúcidos Pero esta fermentación misma es el signo de un trabajo exterior, de una fermentación espiritual, de una espectación; el alma es presa del tormento de lo desconocido, del *más allá*. Pero *solo las religio-*